

Jardín de Infantes N^o 901 "Merceditas de San Martín".

Título: Una ventana a la imaginación

Autora: Claudia A. Estela

Soy maestra de nivel inicial hace más de 10 años, pero desde hace 8 años en el jardín 901 del distrito de San Vicente. Un jardín histórico, de los primeros de la provincia, con tradiciones bien arraigadas desde el edificio, con museo incluido, hasta las prácticas pedagógicas.

Ante la renovación del personal directivo, coincidente con el cambio que proponía la Dirección Provincial de educación, el jardín en su totalidad: docentes, personal auxiliar, comunidad y por supuesto también yo, nos resistíamos a los cambios, a las nuevas propuestas.

Hasta ese momento sentía que mi tarea docente era óptima, mis alumnos siempre aprendían.

Pero al analizar el diseño curricular pude vislumbrar que mis prácticas pedagógicas necesitaban modificarse.

Sabía que no iba a ser fácil, ya que debería modificar ciertas conductas estructuradas que se encontraban muy arraigadas en mí y que no estaban atentas a los cambios que proponía el diseño.

También sabía que una de las conductas a modificar era analizar la calidad de mis intervenciones, sentirme un espectador para dar lugar a que ellos confronten, justifiquen, lleguen a acuerdos.

Estando a cargo de una tercera sección con una escolaridad previa de dos años, me planteé propiciar situaciones que tengan que ver con la lectura y escritura.

Esta propuesta la llevo a cabo mediante un proyecto anual de literatura basado en: un recorrido por los distintos géneros literarios (cuentos tradicionales, poesías, fábulas, leyendas, etc.) y el conocimiento de algunas obras de María Elena Walsh, que serían expuestas en la muestra de fin de año.

Me encontraba muy ansiosa por empezar, temerosa y con muchas dudas.

Comencé por leerles varios cuentos tradicionales extraídos de un viejo libro que pertenece a mi biblioteca personal, del cual impresionan sus ilustraciones por sus coloridos y el realismo de sus personajes. Por votación el que más les gustó fue "Caperucita roja".

Luego de la lectura se abrió un espacio de intercambio acerca del efecto causado, sus fragmentos favoritos y diferentes opiniones sobre lo leído.

Les presenté una fotocopia color ampliada del "LOBO" (personaje que les causó mucha curiosidad por el realismo del dibujo) y les propuse que lo describieran (características físicas, vestimenta, actitud, etc.).

Todos querían hablar a la vez, estaban ansiosos, no escuchaban el comentario del compañero. Decían: feroz, malo, peludo, con garras, etc.).

Les propuse que pasaran y lo escribieran al costado de la imagen.

Algunos se animaron, eran escrituras silábicas, otros con valor sonoro convencional, solo dos neños escribían convencionalmente.

Pero otros se mostraron tímidos, con vergüenza a la exposición, con miedo a equivocarse y escuchaba frases como:

-no se

-no puedo

-no conozco las letras

-no se escribir como vos

Debía hacer algo para que perdieran ese temor a equivocarse, y se atrevan a escribir espontáneamente.

Conversamos sobre el tema y les expliqué que todos podemos escribir, cada uno como sabia y podía.

Hasta ese momento trabajé con grupo total, donde se destacaban y participaban siempre los mismos neños, los más extrovertidos, espontáneos.

Para que todos los neños tengan oportunidad de avanzar en sus conocimientos y vayan resolviendo problemas que tengan que ver con la lectura y escritura, decidí separarlos en pequeños grupos teniendo en cuenta el mismo nivel de escritura.

Les entregue una fotocopia por grupo de un personaje del cuento (caperucita-lobo-abuelita-leñador), Cada uno debía escribir una cualidad.

Noté que poco a poco fueron perdiendo temores y se animaban a escribir.

Me acercaba a los grupos explicándoles que debía hacer la transcripción para que los padres pudieran entender lo que decía.

Avanzando las clases el entusiasmo por escribir era cada vez mayor.

Siempre trabajando en pequeños grupos (agrupaba a neños con diferentes niveles de escritura); les propuse escribir una agenda de lectura en el aula, recomendaciones de cuentos leídos, etc.

Entusiasmada por los avances que tuvo el grupo en cuento a la lectura y escritura y teniendo en cuenta que habían frecuentado una cantidad importante de textos narrativos, me animé a proponerles la producción de un texto extenso.

Les entregué una fotocopia con una escena de uno de los cuentos, donde deberían escribir lo que sucedía. Me asegure que la sala tuviera suficientes portadores de textos para que pudieran consultar.

Al principio escribían lo que les iba saliendo, sin planificarlo ni revisarlo.

Me acercaba a los grupos y les proponía que establezcan acuerdos sobre qué escribir y cómo.

Al hacer la revisión comenzaban a aparecer diferentes opiniones y con ellas las confrontaciones donde argumentaban y justificaban sus decisiones.

Tachaban y volvían a escribir o a veces solicitaban la goma para borrar y volver a escribir, algo que hacíamos habitualmente cuando me dictaban por ejemplo la re narración de un cuento.

Me sentía feliz de verlos como se desenvolvían, ya no quedaba nada de ese temor a equivocarse.

La exigencia como docente que demanda trabajar en pequeños grupos es agotadora, pero al mismo tiempo enriquece, ya que tenía un conocimiento más profundo de los avances de los niños.

La mayoría de las veces pedía colaboración a la preceptora, nos repartíamos los grupos y así la tarea era más relajada, me sentía aliviada y “extraña” a la vez, no estaba acostumbrada a compartir mi tarea áulica con otra colega.

Al ver la exposición me sentí feliz y satisfecha por ver los avances logrados en los nenes y por haber vencido, como docente, temores y enfrentado cambios importantes que tenían que ver con mi tarea en el aula.